

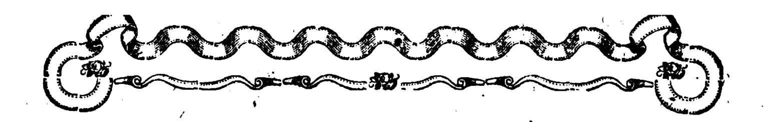
EL MISIONERO.

POEMA RELIJIOSO.

Cochabamba.

1879.

Imprenta de "El Heraldo."



EL MISIONERO.

Dedicatoria á la Vírjen.

¡Cuán lejos de este mundo de crímenes y males
Esa rejion exelsa del alto cielo está!
Pero la fé cristiana promete á los mortales
Que á quien constante orare su Dios le escuchará.
A tí que conociste la terrenal morada
I que tambien probaste la copa del dolor;
A tí que hoy en el cielo de gloria coronada,
Ocupas réjio asiento cercado de esplendor;
A tí, la casta rosa, la estrella matutina,
La santa de las santas, la madre virjinal,
A quien nombró entre todas la Trinidad Divina
Del cielo y de la tierra la reina universal;
Ofrézcote estos cantos que mis humildes lábios
Formulan ensalzando la santa Redencion:
Preséntalos rendidos al sábio de los sábios
Como mi pobre ofrenda de amor y adoracion.
I pídele á mi nombre, piadosa Madre mia,
Dé mis queridos padres la vida y la salud:
La paz de mis hermanos, su gozo y alegria;
De mi familia entera la dicha y la virtud.
I pídele que apague las tristes impresiones
Que ajitan muchas veces mi pecho con afan:
Que siempre me acompañen su amor é inspiraciones
Que el bien y la ventura solo en el cielo estan.

Canto primero.

Las selvas.

¡Cuán hermoso es el cielo de Bolivia!
Ora sobre sus valles abrigados
Donde una eterna primavera tívia
Verdes conserva los risueños prados,
Do en su viudéz la tórtola se alivia
Dando al viento sus ayes prolongados
Oculta entre las cepas de las viñas
O en los huertos que pueblan las campiñas.

Ora diafano, helado, transparente
Sobre sus vastos montes y desiertos,
Do no se encuentra un árbol ni una fuente,
Do solo existen arenales muertos
Cimas llenas de nieve eternamente,
Serros desnudos, de aridéz cubiertos,
Mústias colinas y llanuras grandes
Sobre la altiplanicie de los Andes.

Ora puro, sereno, esplendoroso,
Sobre sus yermas costas del Oeste,
O cargado de nubes y lluvioso
Sobre sus selvas vírjenes del Este;
Donde es todo variado y prodijioso—
Donde de pronto, de un collado agreste
Se baja á una pradera dilatada
O á una selva tupida y enredada.

Allí do las corrientes que descienden
De picos coronados por el hielo
I de escarpadas rocas se desprenden
I llegan espumosas hasta el suelo
Diamantinas y rápidas se estienden
Sobre lechos de verde terciopelo

I en el fondo se pierden á distancia
En bosques impregnados de fragancia.

Allí dó el suelo fértil atesora
En sus sitios ocultos y remotos
Cuadros de una belleza encantadora
Para el resto del mundo siempre ignoto.
Arroyos de agua clara y bullidora,
Rústicas grutas y escondidos sotos,
Donde mil plantas y árboles sin nombres
Crecen desconocidos de los hombres.

Donde troncos de alturas admirables
Estienden sus ramajes jigantezcos.
Bóvedas para el sol impenetrables
Que cobijan verjeles pintorescos,
Donde frutos se ven, innumerables,
Perfumados, dulcísimos y frescos
Pendientes de lijeros pabellones
Cadenas de floridos eslabones.

Donde á veces, dos rios caudalosos,
Uno de aguas fangosas y violentas
Que dan mujidos sordos y furiosos,
Se mezcla en avenidas turbulentas
Con las de otro que en jiros majestuosos
Las arrastra clarísimas y lentas,
Mansas lamiendo márjenes floridas
De ramajes y helechos guarnecidas.

Allí dó anidan las pintadas aves
La asquerosa serpiente y la pantera:
Donde trinos armónicos, suaves
I el rujido salvaje de la fiera,
Del manso viento los murmurios graves
La copa al remecer de la palmera,
Forman grande y selvática armonia
Que á los cielos se eleva cada dia.

Allí, dó tras comarcas solitarias
Tantas tribus de indíjenas habitan
Viviendo unidas en familias varias
Que á sus mayores en bondad imitan
Inclinadas al bien y hospitalarias.
I otras, en fin, que nómadas se ajitan.
Siendo por todo, á las demás diversas
Indómitas, guerreras y perversas.

Allí do la feráz naturaleza
De aquel suelo por Dios privilejiado
Muestra su esplendidéz y su grandeza
Al viajero confuso y arrobado
Que humilde inclina al suelo la cabeza
Creyéndose á otro mundo trasportado
I, que absorto con tantas maravillas
Ante el Creador se postra de rodillas.

Canto segundo.

Los salvajes.

Se entolda el puro cielo del invierno
I comienza á llover por vez primera
Brotando por do quier un verde tierno,
Se declara precóz la primavera.
La selva, en fin, cuyo verdor eterno
Un tanto seco por el sol se viera,
De pronto, de sus galas revestida,
Muestra en su seno animacion y vida.

Ha cambiado de súbito el paisaje
I mil fragantes y variadas flores
Ostentan su hermosura entre el follaje,
En tanto que los pájaros cantores,
Batiendo alborozados su plumaje

Pintado de vivísimos colores,
Revoleteando con afan gorjéan
I frutos esquisitos saboréan.

Tiernos se alzan nogales y moreras
Al lado de otros árboles jigantes,
Derechas y flecsibles las palmeras
Elevan sus penachos elegantes,
I cortinajes mil de enredaderas
Forman doseles de verdor flotantes,
Ornando los espléndidos salones
Donde entonan las aves sus canciones.

Copiosa fue la lluvia matutina:
Sin sol se anuncia y nebuloso el dia
I desciende compacta la neblina
Hasta posar en una selva umbría;
De esas que halla do quiera el que camina
Por el oriente de la patria mia,
Esa inmensa rejion que rica encierra
Los mas bellos productos de la tierra.

Cual ancha cinta de luciente plata
Cortando el bosque inmóvil y sombrío
La tranquila corriente se desata
De un cristalino y poderoso rio
Que en su seno los árboles retrata;
Y de la fértil selva al fondo umbrío
Dos hombres van con lentitud penosa
Siguiendo su rivera pedregosa.

De rostro enjuto y venerable frente
El de mayor edad, es un anciano:
Lleva sobre sus hombros noblemente
El hábito del fraile franciscano
El mismo que llevó seguramente
A tiempo de dejar el Vaticano

Cuando el Papa le dió sus bendiciones
I le ordenó marchar á las misiones.

Natural de esos bosques, quien le guía
Es su jóven y fuerte compañero,
Al que sacó de ciega idolatría
La caridad del santo misionero.
Viste como sus padres todavia
Mas para caminar abre sendero
Con un acha de fábrica europea
Que en cortar el ramaje diestro emplea.

Apenas caminando se sostienen
Del ancho rio en la escabrosa orilla
Hasta que de improviso se detienen,
I el joven indio en actitud sencilla,
En tanto que ambos, mudos se mantienen,
A los pies del anciano se arrodilla,
Quien tendiendo las manos le bendice
I despues de un momento asi le dice:

—Hijo, vuelve á tu hogar, que hemos dejado
I en tus plegarias á Jesus Divino,
Pídele sin cesár, si me has amado,
Que yo cumpla con fruto mi destino.
En tanto, por sus gracias amparado
Proseguiré yo solo mi camino:
Invocando su nombre á cada instante
I á derramar su luz iré adelante.

Así el jóven se aleja del anciano
Que acelera sus pasos entre tanto,
Sin mas equipo en un camino insano
Que otro cualquier viajero teme tanto,
Que un tosco y débil báculo en la mano,
Sus sandalias, su túnica y su manto;
Sin mas arma que ampare su jornada

Que una cruz en su pecho colocada.

El sol rompe las nubes débilmente
I se tiñe el oriente de celajes,
El viajero se para derrepente
En un sitio cercado de boscajes
Donde vé mui cercados, de sí en frente
Un espantoso grupo de salvajes,
I allá, del rio en las profundas aguas
Un enjambre de balsas y piraguas.

Con ambas fuertemente oprime
La cruz bendita que consigo lleva
I su alma grande de fervor se imprime
Mientras al cielo en oracion se eleva
Ofrece á Dios con un valor sublime
Su vida, sin temor que le conmueva;
I con la calma que en su faz se ostenta
Resuelto á aquellos hombres se presenta.

Ellos, en el momento, al divisarle,
Se lanzan irritados y feroces
Dispuesto cada cual á destrozarle
Cual fantasmas diabólicos y atroces.
Mas, en el mismo instante de alcanzarle
Dando alaridos y espantosas voces
Como tigres que corren á su presa,
Todos ante él se paran con sorpresa.

La cruz eleva con su firme diestra
Inmóvil, mudo, cual si nada viera:
El signo santo sin temor les muestra
I en actitud solemne les espera.
La turba olvida su intencion siniestra
Por que viviendo siempre en guerra fiera,
Aquel valor estraño les sorprende.
De un heroe que al morir no se defiende.

Mas, solo se sostiene ya un segundo
Que sangre brota de su pecho herido
Por que en aquel ataque furibundo
El dardo de una flecha ha recibido.
Lívido, sin aliento, moribundo,
Es del rio á la márgen conducido.
Y desangrado á choros se desmaya.
Enrojeciendo el suelo de la playa.

Los índios que se van á la pelea
Disponen que á su vuelta victoriosa
Sacrificado el prisionero sea
En una fiesta bárbara y ruidosa.
Y por eso condúcenle á su aldea
Con crueldad calculada y rencorosa:
Y allí le depositan en las manos
De mujeres de niños y de ancianos.

Canto tercero.

La primera misa.

¡Sagrada historia de la cruz divina,
Salvacion de la humana criatura.
Rayo de luz celeste que ilumina
La negra senda de la tierra oscura!
¡Testamento de un Dios! Santa doctrina
De amor, de mansedumbre y de dulzura!
No hai uno á quien no vensas y no asombres.
Cambias los monstruos en sumisos hombres.
~~Cambias los monstruos en sumisos hombres.~~

Apóstoles heroicos tus soldados,
No conocen obstáculos ni valla
I corren por el mundo desarmados
Triunfando siempre en colosal batalla.
Ante tus grandes dogmas revelados

La voz de la mentira muda calla;
Rejeneras al hombre y le ennobleces
I humillando su orgullo le engrandeces.

Un sacerdote débil, indefenso,
En pueblos de salvajes penetrando
Há conseguido solo, un triunfo inmenso,
Como Cristo, su sangre derramando;
Rasgando ante el infiel un velo denso
Su obtusa intelijencia iluminando
Le muestra poco á poco una enseñanza
De fé, de caridad y de esperanza.

El prisionero herido á quien guardaron
Para sus espantosos sacrificios;
Cuyo raro saber aprovecharon
Aplazando sus bárbaros suplicios;
A cuya proteccion se acostumbraron
Por su mucha bondad y sus servicios,
Veneracion y amor há conseguido
I en mandatario y juez se ha convertido.

Dejándoles absortos con su ciencia,
Males evita y los enfermos cura
I dándoles lecciones de clemencia
Suaviza su fiereza y su bravura.
Los infieles anhelan su presencia
Siempre con ellos él estar procura:
A todo niño en educar se empeña
I su idioma bien pronto les enseña.

Fundando relaciones comerciales
Con pueblos que él dejó, les comunica:
Les hace odiar el crímen y sus males:
De Cristo la doctrina les esplica.
Esas leyes benignas, celestiales,
Con palabras y ejemplos les predica.
En nombre del Dios Trino les bautiza
Y allí celebra su primera misa.

Teniendo entonce, el cielo por techumbre,
Por ornato las selvas y sus flores,

Por concierto de santa dulcedumbre
De la naturaleza los rumores,
I por lámpara el sol—radiosa lumbre
Que baña un hemisferio de fulgores;
Por témplo el universo esplendoroso
I por incienso el zéfiro oloroso—

El Soberano Autor del infinito
Dios y Señor de todas las naciones,
El que asienta su trono de granito
Sobre vastas y altísimas rejiones:
El Padre de los hombres, el Bendito
A quien cercan anjélicas lejiones,
El Artista de májica paleta
El Supremo Hacedor, el Gran Poeta;—

El que pobló de mundos el espacio
I para quien los astros resplandecen
Con sus brillantes luces de topacio,
Que el firmamento alumbran y embellecen,
Aquel que tiene un cielo por palacio
I á quien todos los seres obedecen,
El que formó las jigantescas peñas
I la arena en partículas pequeñas.

Aquel con oleo divinal Unjido
Señor de reyes, Rei de soberanos
Cordero como victima ofrecido
Que ha repetido siempre á los cristianos:
—*A todos con mi sangre hé redimido*
Por que todos los hombres sois hermanos.
El que dijo á los suyos—*Hijos mios*
Predicad á jentiles y judios.

Ese Jesus que al remontarse al cielo
Nos legó el mas magnífico portento,
Que de la fé tras el tupido velo
Habita en el altar del sacramento.

Que cual remedio, bálsamo y consuelo
Nos dá su carne y sangre por sustento.
Que á los sones de místico salterio
A los hombres se muestra en un misterio

El eterno entre todos los mortales
El que no tiene fin y es el primero
Que las órdenes dió sacerdotales
En la postrera sena del Cordero—
Las fraces al decir, sacramentales
Su ciervo sacerdote misionero,
Desciende de los cielos Uno y Trino
I en Cristo sé convierten pan y vino.

Canto cuarto.

La historia de la cruz.

Rojo lucero en el zenit flaméa,
Blanca brilla la luna del estio,
Blanda una embarcacion se balancea
Sobre el seno pacífico de un rio.
Melancólico cuadro que sombrea
La negra oscuridad del bosque umbrío.
No entonan ya las aves su querella
Ni el tigre marca su pesada huella..

Tan sólo grata, embriagadora brisa,
De cálidos aromas saturada,
Suave al soplar, la superficie riza
Del agua transparente y sosegada—
Rompiendo por las ramas, se desliza
La luz del astro, tímida y plateada
Imprimiendo en las ondas su reflejo
Como én bruñido, reluciente espejo.
I mas lejos, atras, entre la bruma
Otras embarcaciones adelantan

Rodeadas de los círculos de espuma
Que remeros diestrísimos levantan—
Cual pardas aves de negruzca pluma
Suaves hendiendo la corriente saltan,
I del agua que cortan los murmullos
Se escuchan como lánguidos arrullos.

Los indíjenas son, qué belicosos,
Vivieron siempre en guerra ó en campaña,
Que hoi sumisos sociables, industriosos,
Ya nada tienen de su antigua zaña—
El Padre, á quien respetan amorosos,
Apóstol de su fé, les acompaña,
I conducen á pueblos apartados
Productos de sus campos cultivados.

Allí está—de sus fieles vá delante
El santo sacerdote franciscano.
Con su noble, humildísimo semblante,
Su calva frente y su cabello cano:
Dulce pastor, que á su rebaño errante
Llevó al redil con protectora mano—
Sentado en un asiento de la proa
Dirije en calma la primer canoa.

—"Ved"— dice á sus amantes compañeros
Que oyen anciosos su tranquilo acento—
"De esos astros mirad los reberberos,
Ved la bóveda azul del firmamento.
Mirad esos millares de luceros,
Este bosque, estas aguas, este viento........
¿Quién con alientos y poder supremos
Es el autor de todo lo que vemos?

¿Quién há existido cuando nada habia
Antes que el Universo se creara
Y que la estensa inmensidad vacia
De luceros y estrellas se poblara?

Antes de que la luz del claro dia
Del rutilante sol se derramara?
¿Quién al hombre formó, rei de los seres?
¿Quién le há dado dolores y placeres?

Ya os lo he dicho—un señor tan poderoso
Que ante su fuerza, fuerza no hai alguna,
Brillante como el sol y esplendoroso,
Dulce como el reflejo de la luna—
Como las flores, delicado, hermoso,
Rejidor del destino y la fortuna
Que ser y vida y bienestar nos presta
I llena de tesoros la floresta.

Es un Señor de cuya mano amiga
Se reciben favor y bendiciones,
Que formó al elefante y á la hormiga
I dispuso bonanzas y turviones—
Un Juez que á cada cual prémia ó castiga
Segun lo que merecen sus acciones,
I cuya recta y eternal balanza
Administra justicia—no venganza.

Hai una historia dolorosa y tierna
Que á las jeneraciones fué legada,
Ante la cual el mundo se prosterna.
Que en un libro sagrado fué gravada—
Una trajedia perenal y eterna,
Por Dios, allá en los cielos principiada,
Que prodijios auténticos encierra
I sigue con los hombres en la tierra—

—¡Escuchad! ¡Era un Dios! Uno en esencia
De tres personas con la union formado,
Que de siglos y siglos en presencia
Fué en los siglos y siglos increado—
Gozándose en su propia complasencia

De inagotable gloria fué colmado:
Unico y solo en Trinidad unida
Viviendo eterno de su propia vida;

Mas, derramar queriendo su ventura
En seres, que felices le adorasen,
Mandó desde su sólio de la altura
Que la tierra y los cielos se formacen;
I quiso que dotados de hermosura
Anjeles numerosos se creasen;
Mas, muchos de estos ánjeles pecaron
Por que á soberbio orgullo se entregaron.

Hundiéndoles por siempre en un infierno
Dó de su amor la falta se sufriera,
Al hombre formó entonces el Eterno,
I le dió á la mujer por compañera,
Mas, envidioso el jefe del Averno
I queriendo que el hombre se perdiera
Tentolés, de serpiente disfrazado,
I Eva y Adan cayeron en pecado.

Dios, que del ánjel la rebelde frente
Selló con pronto y ejemplar castigo,
Se mostró en sus designios induljente
Con el hombre culpable, su enemigo
Creado por su gracia omnipotente,
De su gloria partícipe y testigo,
¿Como apartarse por fatal sentencia
De Adan, y de su entera desendencia?

Mas, ¿como perdonarle su delito
Faltando a su justicia inexorable?
¿Que era la espiacion de un ser finito
Ante la ofensa a un Dios incomparable?
Tan solo un ser de orijen infinito
Era víctima digna y aceptable

I del Eterno verbo, del Dios Hijo
La pasion y la muerte les predijo.

Mas, años mil tras mil fueron pasando
Sin que este redentor se presentase,
I así la humanidad vivió, esperando
El prometido sol que le alumbrase,
Que negra mancha de baldon borrando
Su frente, con su luz purificase,
I al fin nació la vírjen cuya planta
Tronchó de la serpiente la garganta.

Blanca perla de nítida limpieza,
Delicada, odorífera azucena,
Fuente de castidad y de pureza
De raros dones y de gracias llena,
Modestia revestida de belleza
Majestad humildísima y serena,
Del mundo la esperanza y alegria
Modelo de virtud—era Maria.

Tiempo era ya de que con llanto aservo
Regase el árbol de la cruz fecundo
Ella el anuncio oyó del ánjel siervo
Con respeto humildísimo y profundo.
Consumóse la encarnacion del Vervo
Para cumplir la Redencion del mundo;
I nació de una vírjen un Dios-hombre
Que llevó de Jesus el dulce nombre.

Mas, esperando la nacion judia
Del cielo un Salvador omnipotente,
Pensó que de su trono bajaria
Cercado de poder resplandeciente,
I cuando un hombre presentose un dia
Que se llamaba Dios humildemente,
Embustero, insensato, le llamaron

I de impostor y loco le acusaron.

Era Jesus un hombre indescriptible
De figura imponente y majestuosa.
A quien rodeaba un algo incomprensible
Como de luz aureola misteriosa—
Su palabra elocuente, irresistible
Muda escuchó la multitud anciosa,
Cuyos males benignos remediaba
I á quien nueva doctrina predicaba.

Algunos, envidiando sus honores,
De la turba exitando el torpe vicio
Convirtieron á todos en traidores
I á Jesus condenaron á un suplicio—
Clavado en una cruz con mil dolores,
Con risas, y sacrílego bullicio,
Alzado fué del Gólgota en la cumbre
Ante la cruel é impia. muchedumbre.

I el cordero murió sacrificado
I se cumplió del Redentor la historia,
I el misterio por siglos anunciado
Quedó eterno del mundo en la memoria,
I lavada la mancha del pecado
Abriéronse las puertas de la gloria—
Dé entonce, el pecador arrepentido
Puede ver el paraiso prometido.

La historia de esta muerte salvadora
Grandes lecciones de salud encierra;
I por eso su fé consoladora
Suavizó los horrores y la guerra;
I por eso su luz conquistadora
Se derramó esparciéndose en la tierra
Por eso vine aqui yo, misionero
Del Dios Unico solo y verdadero·

La estrella del zenit ha descendido
Sigue la luna iluminando el cielo,
I se escucha por único ruido
Del manso viento el fujitivo vuelo—
Los viajeros su marcha han detenido
Para saltar de la rivera al suelo
Donde joviales y con gran contento
Establecen su alegre campamento.

Luego, tras desembarque bullicioso
Reuniéndose con calma se serenan
I en medio de un silencio relijioso
Cánticos dulces el espacio llenan:
Cánticos que con eco misterioso
Del bosque entre los árboles resuenan
I el sacerdote una oracion murmura
Llorando de piedad y de ternura.

No hai nada comparable a la belleza
De esta piadosa y férvida plegaria
Que los indios entonan con tristeza
Viajando por la selva centenaria,
Plegaria cuya armónica grandeza
Solemniza la noche solitaria
I que deja la mente adormecida
I el alma dulcemente conmovida.

Canto quinto.

LA TUMBA EN EL BOSQUE.

Triste como el mirar del moribundo
Brilla el sol al hundirse en occidente
Y se apaga segundo por segundo
Su débil resplandor desfalleciente.
Su adios recibe el enlutado mundo
Cubriéndose de sombras lentamente
Y con universal melancolia
La noche viene y agoniza el dia.

Ni una casa se vé, ni una cabaña,
Ni poblacion lejana se divisa.
Tan solo un bosque al pié de una montaña
Cuyas estensas faldas entapiza
Y cuya cima altísima se baña
Con un rayo postrer de luz rojiza
Que muestra al espirar iluminadas
Las copas de los árboles doradas.

No se oye ya de la floresta hermosa
El concierto frenético y constante
Ni el cántico del ave bulliciosa
Ni del mono el silvido penetrante.
Solo al pasar volando presuroso
Lanza el loro su grito discordante,
Pero luego el silencio se establece
Y el universo en calma se adormece.

Abajo, al fondo, en el oculto suelo,
La sombra de las ramas se bosqueja.
De la planta el aroma sube al cielo:
Zumba volando dilijente abeja,
Deja oir su murmullo el riachuelo
Y la paloma su doliente queja;
Y el aura ajita sus errantes jiros,
Dando á la luz sus últimos suspiros.

De aquel monte subid a una ladera:
Tended la vista por las selvas bellas
Y en su centro vereis una pradera
Al tibio resplandor de las estrellas.
Una cruz se alza allí—cruz de madera,
Mas no hai del hombre las menores huellas,
Ni una señal siquiera, ni un sendero
Que haya dejado el paso del viajero.

De pedestal le sirven y de asiento
Toscas piedras sin órden agrupadas

Y embalsaman el aire con su aliento
Flores entre sus brazos enlazadas.
Ornan del verde prado el pavimento
Juncos y sensitivas delicadas
Y aquel sitio custodian y hermosean
Arboles que do quiera le rodean.

Todo es grandioso allí—nadie ha creado
Monumento mas bello y portentoso:
Jamas el signo de Jesus sagrado
Tuvo un templo mejor ni mas hermoso.
Cielo, montaña y bosque—verde prado,
Todo envuelto en un velo misterioso
De vespertina luz á los fulgores—
Y en fin la cruz en un altar de flores.

Mas, quien la puso allí? ¿quien ha podido
Penetrar en la selva solitaria?
El madero entre piedras sostenido
Es de alguno la enseña funeraria?
No hai inscripcion que en medio del olvido
Demande para un hombre una plegaria.
¿Para qué, si ni un solo peregrino
Encontrara la cruz en su camino?

Pero en cambio los cielos la protejen
Cual urna que los astro iluminan,
Los árboles que en torno se entretejen
Sus ramajes balsámicos inclinan.
Aunque no hay hombres que una flor le dejen
Flores mil en sus brazos se reclinan.
Si nadie al visitarla triste llora
Se baña con las perlas de la aurora.

Contenplad esa cruz—alli, en el suelo
De un silvestre, escondido cementerio,
Bajo la inmensa bóveda del cielo
Y rodeado de paz y de misterio,

Despues de haber cunplido con anhelo
El mas grande y sublime ministerio,
Duerme un justo su sueño postrimero:
Es la tumba de un fraile misionero.

¿Cual su muerte habrá sido? entre los fieles
Convertidos por él y que le amaron
O entre otras tríbus bárbaras, crueles,
Que abnegado buscó; qué le inmolaron?
¿Quienes entre palmeras y laureles
En el prado sus restos sepultaron?
¡Santa la mano que dejó, piadosa,
Una cruz, en la tumba en que reposa.

....

Tú que dejando los nativos lares,
Las mas dulces y caras afecciones,
Atravesaste los estensos mares
Y entre peligros mil y privaciones
Fuiste del hombre inculto a los hogares
A enseñarle de Cristo las lecciones;
!Descansa en paz de tu carrera humana,
Bendito martir de la fé cristiana!

Cochabamba, Enero de 1878.

Soledad